

gioso, el sentido religioso de la vida toda, amplía su emoción profunda y el temblor y el contacto sagrados del espíritu, actúa conmovido ante los aspectos graves y amorosos de la humanidad. Hombre soy, y nada humano me es indiferente, decía el poeta latino, y bien pudo ser ésta la divisa de Gabriela Mistral. Y esa misma divisa la podía extender a todo lo animado y lo inanimado como virtud de su participación unánime.

Así fue Gabriela, en todo y para todo, con sus raíces echadas hacia adentro y hacia afuera, en devoción sobre todo lo próximo y lo lejano, como en un ansia de mayor capacidad vital y de irradiación más totalizada, de manera que su órbita de actividad no se clausurase nunca, noblemente codiciosa de llevar su amor y su canto hasta un límite que fuese nada más que un movimiento de amplitud y de ascensión. Ella misma se crea esa dinámica. Su drama, arrancado de la pasión del dolor y de la muerte, no fue rígido ni permaneció amurallado en oscura prisión inviolable. Fue un drama moral que se proyectó en un desenvolvimiento estético. Tuvo su horror, su depuración y su liberación, es decir, como en toda victoria del ser espiritual, tuvo su infierno, su purgatorio y su paraíso. Aunque con mezclas y contradicciones, que lo hacen más humano todavía, las tres etapas de su drama moral están signadas en "Desolación", "Tala" y "Lagar".

A medida que, como en una iniciación antigua, su movimiento ascensional le va entregando las claves secretas, ella misma va superponiendo planos espirituales de iluminación a su propio ser para lograr el vencimiento de toda oscuridad de la materia, y apoderarse de los resplandores ocultos. Con vigor y llamas destroza las cadenas del egoísmo y se desborda de sus límites, y logra la virtud alada de ascender, para plegarse amorosamente, de inmediato, a la hermandad de todas las tierras y de todas las vidas. Con ese estilo irreprochable fue un ser que se creó a sí mismo, pero fue a la vez un mundo en toda la realidad de un mundo. Sus tres grandes cantos son un ensimismamiento y un vertimiento. Se ensimismaba para enriquecerse y se vertía para despojarse, maravillosa de amor y de solidaridad, para no apearse a ningún egoísmo, a ninguna de las mil codicias del egoísmo, que por mil caminos comprometen la limpieza de la liberación. ¿Qué podía quedar fuera del canto, si ella entera fue una donación de sí misma? ¿Dónde no alcanzó su dádiva? Por eso su poesía funde en un solo

haz lo estético y lo ético, sin que la belleza quede desmedrada, y su presencia creadora adquiría la jerarquía de una sacerdotisa de la humana religión, llena Gabriela de Cristo, porque esa fue la fe elegida, pero esa fe se multiplicó en una variedad innumerable; en un retorno permanente a lo visual y tangible, en un maravillamiento de su planeta amado, en un mundo que ya no es su enemigo ni la trampa de los pecados, sino un prodigio actuante, como si por una influencia ancestral, coexistiesen en su alma la fe del Crucificado y la fe del Padre Sol y la Madre Tierra. Y así, América, su América, su América entrañable, se totalizó en ella por la fusión y abrazamiento de dos tradiciones.

Cierta vez, señores, viajando por Chile, recorrí, en empujado esfuerzo, el cauce de un torrente de la cordillera andina, lo que los chilenos llaman el Cajón del Maipo. Desde tan lejos en el tiempo y en el espacio, se me hace difícil ahora describir aquel desgarramiento del paisaje. El río baja desde las nieves arando montañas. Sus aguas, a medida que descienden, cobran volumen y brío, y enloquecen sus cuadrigas azules en una carrera loca. Hierven siempre, con una cólera de leones. Enormes piedras, enteras rocas, en un laberinto de destrozada geología, obstaculizan la marcha fluvial, como en una intención rencorosa. No se sabe si aquel torrente goza o sufre. El cauce se hunde como un taje gigantesco. Es una profundidad recorrida por una arteria criptante. Se diría que el agua polemiza con la piedra, y que ésta quisiera encadenarla, envidiosa de su libertad, e impedirle su fuga y obstruirle su victoria. Y entonces la herida de la cordillera se va haciendo más profunda, y entre las empujadas barrancas sobre el caudal torrencial, como otro río corre el caudal del trueno. Por fin el agua llega al ancho valle, se ensancha más que nunca, se distiende en voluptuoso descanso, alarga brazos azules a los costados, riega las tierras, las fertiliza, las verdece, les prodiga copiosas savias, vuelca riqueza sobre los pueblos. Tras esta poderosa maternidad, ya al fin de su curso, curvando sus márgenes en un glorioso ensanchamiento, muere en el cauce y vive en el océano. Es una muerte magnífica.

Así se me representan la vida y la muerte de Gabriela Mistral, alegorizada en su propia tierra. Así se me representa su corriente espiritual, su ímpetu logrado desde las alturas, su lucha por la purificación y por la expresión, su batalla con los instintos y las pasiones, su catarsis sublime, su caudal, su fertilidad,

REVISTA HISPANICA MODERNA

Se publica trimestralmente con el objeto de estudiar y difundir la cultura hispánica. Contiene artículos, reseñas de libros y noticias literarias; textos y documentos para la historia literaria moderna; estudios y materiales de folklore hispánico; una bibliografía hispanoamericana clasificada; noticias acerca del hispanismo en América, y una sección escolar dedicada a los estudiantes de español.

4 dólares norteamericanos al año;

número suelto: \$ 1.00

Fundador: Federico de Onís

Director: Angel del Río

Subdirector: Eugenio Florit

Hispanic Institute in the United States

Columbia University

435 West 117th Street, New York

OCTAVIO JIMENEZ A. ABOGADO Y NOTARIO

Oficina: 25 varas al Oeste de la Tesorería de la Junta de Protección Social

Teléfono 2034

Apartado 338

San José, Costa Rica

Una suscripción al REP. AMERICANO
la consigue Ud. con

Matilde Martínez Márquez

LIBROS Y REVISTAS

Avenida Los Aliados N.º 60

Apartado N.º 2007 - Teléfono FO-2539

La Habana, Cuba

su verdor generoso, su fruto incontable, su lección heroica, y su fin en el mar pacífico de su muerte. Helos ahí, ella, chilena y el Maipo chileno, en una identidad plástica, reveladora tanto del uno como de la otra.

Ahora es necesario subir en piedra el cuerpo de aquella mujer, eternizar a la poeta en un bloque de la Madre Tierra.

¿Dónde labrarla a Gabriela? ¿Dónde arrancarla al mar pacífico de la muerte y restituirla, por vivencia del arte, a la forma viva? ¿Cómo eternizar su imagen? ¿Pero no está ahí, junto Santiago la cordillera misma, como un grito de rocas, cuyas puntas horadan el cielo? ¿No hay una peña al costado del Maipo que ya la simboliza por su energía, por